

XXXII.

5.º

1. Después que no descubren su lucero
mis ojos lagrimosos noche y día,
llevado del error, sin vela y guía,
navego por un mar amargo y fiere.
2. El deseo, la ausencia, el carnicero
recelo, y de la ciega fantasía
las olas más furiosas á porfía
me llegan al peligro postrimero.
3. Aquí una voz me dice, cobre aliento,
señora, con la fe que me habéis dado,
y en mil y mil maneras repetido.
4. Mas ¿cuánto de esto allá llevado ha el viento?
respondo; y á las olas entregado,
el puerto desespero, el hondo pido.



APÉNDICE PRIMERO

Á LA PRIMERA PARTE.

POESIAS IMPRESAS.

CANCIÓN Á CRISTO CRUCIFICADO (1).

1. Inocente cordero
en tu sangre bañado,
con que del mundo los pecados quitas.
del robusto madero
por los brazos colgado
abiertos, que abrazarme sollicitas:
ya que humilde marchitas
la color, y hermosura
de ese rostro divino
á la muerte vecino;
antes que el alma soberana y pura
parta para salvarme,
vuelve los mansos ojos á mirarme.
2. Ya que el amor inmenso
con último regalo
rompe de esa grandeza las cortinas,
y con dolor intenso
arrimado á ese palo
la cabeza rodeada con espinas
hácia la Madre inclinas,
y que la voz despides

(1) Esta canción no se halla en nuestros MSS. El P. Mtro. Ayala, y el erudito Mayans se la atribuyen á nuestro Autor, y con su nombre se ha impreso varias veces. Pedro Espinosa la imprimió á nombre de Miguel Sanchez. No hallamos en ella el carácter poético del Mtro. León.

bien de entrañas reales,
y las culpas y males
á la grandeza de tu Padre pides,
que sean perdonados,
acuérdate, Señor, de mis pecados.

3. Aquí donde das muestras
de manirroto y largo
con las palmas abiertas con los clavos;
aquí donde tú muestras,
y ofreces mi descargo;
aquí donde redimes los esclavos,
donde por todos cabos
misericordia brotas,
y el generoso pecho
no queda satisfecho
hasta que el cuerpo de la sangre agotas;
aquí, Redentor, quiero
venir á tu justicia yo el primero.

4. Aquí quiero que mires
un pecador metido
en la ciega prisión de sus errores:
que no temo te aires
en mirarte ofendido,
pues abogando estás por pecadores:
que las culpas mayores
son las que más declaran
tu noble pecho santo,
de que te precias tanto:
pues cuando las más graves se reparan,
en más tu sangre empleas,
y más con tu clemencia te recreas.

5. Por más que el peso grave
de mi culpa se siente
cargar sobre mi corvo y flaco cuello,
que tu yugo suave
sacudió inobediente,
quedando en nueva sujeción por ello;
por más que el suelo huella
con pasos tan cansados,

alcanzarte confío:
que pues por el bien mio
tienes los soberanos piés clavados
en un madero firme,
seguro voy que no podrás huirme.

6. Seguro voy, Dios mio,
de que mi buen deseo (1)
(2) siempre ha de hallar en tu clemencia puerto.
De ese corazón fio,
á quien ya claro veo
por las ventanas de ese cuerpo abierto,
que está tan descubierta,
que un ladrón maniatado
que lo há contigo á solas,
en dos palabras solas
te lo tiene robado;
y si esperamos, luégo
de aquí á bien poco le acertará un ciego.

7. A buen tiempo he llegado,
pues es cuando tus bienes
repartes con el nuevo testamento.
Si á todos has mandado
cuantos presentes tienes,
también yo ante tu ojos me presento.
Y cuando en un momento
á la Madre hijo mandas,
al discípulo Madre,
el espíritu al Padre,
gloria al ladrón, ¿cómo entre tantas mandas
ser mi desgracia puede
tanta, que solo yo vacío quede?

8. Miradme que soy hijo,
que por mi inobediencia
justamente podeis desheredarme:
ya tu palabra dijo
que hallaría clemencia

(1) Imp. *el bien que desco.*

(2) Imp. *tengo de hallar en tu clemencia puerto.*

siempre que á Ti volviese á presentarme.
Aquí quiero abrazarme
á los pies de esta cama
donde estás espirando:
que si como demando
oyes la voz llorosa que te llama,
grande ventura espero,
pues siendo hijo, quedaré heredero.

9. Por testimonio pido
á cuantos te están viendo,
cómo á este tiempo bajas la cabeza:
señal que has concedido
lo que te estoy pidiendo,
como siempre esperé de tu largueza.
¡Oh admirable grandeza!
caridad verdadera!
que como sea cierto
que hasta el testador muerto;
no tiene el testamento fuerza entera,
tan generoso eres,
que porque todo se confirme mueres.
10. Canción, de aquí no hay paso:
las lágrimas sucedan,
en vez de las palabras que te quedan:
que esto nos pide (1) el lastimoso caso,
no contentos (2) agora
cuando la tierra, el sol, y el cielo llora.

II.

CANCIÓN Á NUESTRA SEÑORA (3).

1. No viéramos el rostro al Padre Eterno
alegre, ni en el suelo al Hijo amado
quitar la tiranía del infierno,
ni el fiero capitán encadenado:

(1) Otro. *Cual lo quiere.*(2) *No canto más.*

(3) Esta canción se halla en los MSS. de Rufrancos, en el Magliabechiano, y de Alcalá.

vivieramos en llanto sempiterno,
durára la ponzoña del bocado,
serenísima Virgen, si no hallara
tal Madre Dios en vos donde encarnara.

2. Que aunque el amor del hombre ya había hecho
mover al Padre Eterno, á que enviase
el único engendrado de su pecho,
á que encarnando en vos, le reparase;
con vos se remedió nuestro derecho,
hicistes nuestro bien se acrecentase,
estuvo nuestra vida en que quisistes,
Madre digna de Dios, y así vencistes.
3. No tuvo el Padre más, Virgen, que daros,
pues quiso que de vos Cristo naciese,
ni vos tuvistes más que desearos,
siendo el deseo tal que en vos cupiese:
habiendo de ser Madre contentaros
pudiérades con serlo de quien fuese
menos que Dios, aunque para tal Madre
bien estuvo ser Dios el Hijo y Padre.
4. Con la humildad que al cielo enriquecistes,
vuestro ser sobre el cielo levantastes:
aquello que fué Dios, solo no fuistes,
y cuanto no fué Dios atrás dejastes:
del Espíritu santo concebistes, (1)
y al Verbo en vuestro vientre le cifrastes,
que lo que el cielo y tierra no abrazaron
vuestras santas entrañas encerraron.
5. Y aunque sois Madre, sois Virgen entera,
hija de Adán de culpa preservada,
y en orden de nacer vos sois primera,
y antes que fuese el cielo sois criada:
piadosa sois, pues la serpiente fiera
por vos vió su cabeza quebrantada:
á Dios de Dios bajáis del cielo al suelo,
del hombre al hombre alzáis del suelo al cielo.

(1) *Imp. alma santa, del Padre.* Se ha corregido, porque la obra de la Encarnación se atribuye al Espíritu santo.

6. Estáis ahora, Virgen generosa,
con la perpétua Trinidad sentada,
dó el Padre os llama Hija, el Espíritu Esposa,
y el Hijo que engendrastes Madre amada (1).
De allí con larga mano y poderosa
nos repartís la gracia que os es dada;
allí gozáis, y aquí pára mi pluma,
que en la esencia de Dios está la suma.

III.

DEL MUNDO Y SU VANIDAD (2).

1. Los que tenéis en tanto
la vanidad del mundanal ruido,
cual áspide al encanto
del mágico temido,
podreis tapar el contumaz oído.
2. Porque mi ronca musa
en lugar de cantar como solía,
tristes querellas usa
y á sátira la guía
del mundo la maldad y tiranía.
3. Escuchen mi lamento
los que cual yo tuvieren justas quejas,
que bien podrá su acento
abrasar las orejas,
rugar la frente y enarcar las cejas.
4. Mas no podrá mi lengua
sus males referir ni comprendellos,
ni sin quedar con mengua
la menor parte de ellos,
aunque se vuelvan lenguas mis cabellos.
5. Pluguiera á Dios que fuera

(1) Imp. *el Hijo esposa—y el Espíritu santo dulce amada*. Hemos corregido la impropiedad.

(2) Se halla en Alcalá, Rufrancos, Magliabechiano y Fuente el Sol. Se ha corregido en muchos lugares el Impreso.

- igual á la experiencia el desengaño
que daros de él pudiera,
porque (si no me engaño)
naciera gran provecho de mi daño.
6. No condeno del mundo
la máquina, pues es de Dios hechura,
en sus abusos fundo
la presente escritura,
cuya verdad el campo me asegura.
 7. Inciertas son sus leyes,
incierta su medida y su balanza,
sujetos son los Reyes,
y el que más alcanza
á miserable y súbita mudanza.
 8. No hay cosa en él perfeta,
en medio de la paz arde la guerra,
que al alma más quieta
en los abismos cierra,
y de su patria celestial destierra.
 9. Es caduco y mudable,
y en solo serlo más que peña firme,
en el bien variable,
porque verdad confirme
y con decilla su maldad afirme.
 10. Largas sus esperanzas,
y para conseguir el tiempo breve,
penosas las mudanzas
del aire, sol, y nieve,
que en nuestro daño el cielo airado mueve.
 11. Con rigor enemigo
todas las cosas entre sí pelean,
mas el hombre consigo,
con quien todas guerrean,
y cnya justa perdición desean.
 12. La soledad huida
es de los por quien fué más alabada:
la trápala seguida,
y con sudor comprada
de aquellos por quien fué menospreciada.

13. La pobreza envidiosa
la riqueza de todos envidiada,
mas esta no reposa
para ser conservada,
ni puede aquella tener gusto en nada.
14. Es el mayor amigo
espejo más de alinde en que nos vemos,
en presencia testigo
del bien que no tenemos,
y en ausencia del mal que no hacemos.
15. Pródigo en prometernos,
y en cumplir tus promesas, mundo, avaro,
tus cargos y gobiernos
nos enseñan bien claro
que es tu mayor placer de balde caro.
16. Guay del que los procura,
pues hace la prisión adonde queda
en servidumbre dura,
cual gusano de seda,
que en su delgada fábrica se enreda.
17. Porque el mejor es cargo
y muy pesado de llevar agora,
y después más amargo,
pues perdéis á deshora
su breve gusto que sin fin se llora.
18. Tal es la desventura
de nuestra vida y las miserias de ella,
que es próspera ventura
nunca jamás tenella
con justo sobresalto de perdella.
19. ¿De dó, señores, nace
que nadie de su estado está contento,
y más le satisface
al libre el casamiento,
y al que es casado el libre pensamiento?
20. ¡Oh dichosos tractantes!
(ya quebrantado del pesado hierro
escapado denantes
por acertado yerro

- dice el soldado en áspero destierro)
21. Que pasáis vuestra vida
libre ya de trabajosa pena,
segura la comida,
y mucho más la cena,
llena de risa y de pesar ajena.
22. ¡Oh dichoso soldado!
(responde el mercader, de ese espacioso
mar en alto llevado)
que gozas del reposo
con presta muerte, ó con vencer gozoso.
23. Del rústico villano
la vida con razón envidia y ama
el consulto tirano,
cuando desde su cama
oye la voz del consultor que llama.
24. El cual por la fianza
del campo á la ciudad por él llevado,
llama sin esperanza
del buey y corvo arado
al ciudadano bienaventurado.
25. Y no sólo sujetos
los hombres viven á miserias tales,
que por ser más perfetos
lo son todos sus males,
sino también los brutos animales.
26. Del arado quejoso
el perezoso buey pide la silla,
y el caballo brioso
(mira ¡qué maravilla!)
querria más arar que no sufrilla.
27. Y lo que más admira,
mundo cruel, de tu costumbre mala,
es ver cómo el que aspira
al bien que le señala
su mesma inclinación, luégo resbala.
28. Pues no tan presto llega
al término por él tan deseado,
cuando es de torpe y ciega